

Texto comentado por Pedro Chacón en la obra *Bergson o el tiempo del espíritu*. Madrid: Cincel, 1988, pp. 207-216.

Comentario de texto

Texto

¿Cómo desarraigar una convicción tan profunda? ¿Cómo conseguir que el espíritu reinvierta el sentido de su operación habitual, que parta del cambio y del movimiento, considerándolos como la realidad misma, y que no vea en las detenciones o estados más que instantáneas tomadas sobre lo móvil? Sería preciso mostrar que, si la marcha habitual del pensamiento es prácticamente útil, cómoda para la conversación, la cooperación y la acción, conduce, sin embargo, a problemas filosóficos que son y permanecerán insolubles al estar planteados al revés. Precisamente porque se les veía insolubles, y porque no aparecían como tal planteados, es por lo que se sacaba la conclusión de la relatividad de todo conocimiento y de la imposibilidad de alcanzar lo absoluto. De ahí provenía principalmente el éxito del positivismo y del kantismo, actitudes del espíritu casi generales cuando nosotros comenzamos a filosofar. Era preciso renunciar a esta actitud humillada poco a poco, a medida que uno se apercibía de la verdadera causa de las irreductibles antinomias. Estas eran de fabricación humana. No procedían del fondo de las cosas, sino de un trasvase automático a la especulación de hábitos contraídos en la acción. Lo que había sido producido por una dejadez de la inteligencia, un esfuerzo de la inteligencia podía deshacerlo. Sería una liberación para el espíritu humano.

Apresurémonos además a decirlo: todo método que se proponga sólo se hace comprensible si se aplica a un ejemplo. En este caso el ejemplo había sido encontrado. Se trataba de captar la vida interior, por debajo de la yuxtaposición que efectuamos de nuestros estados en un tiempo espacializado. La experiencia estaba al alcance de todos; quienes quisieran hacerla no tendrían dificultad en representarse la sustancialidad del yo como su duración misma. Es, decíamos, la continuidad indivisible e indestructible de una melodía en la que el pasado entra en el presente y forma con él un todo indiviso, que permanece indiviso e, incluso, indivisible, a pesar de lo que se le añade a cada instante o más bien gracias a lo que se le añade. La intuimos; pero, en cuanto pretendemos representárnosla intelectualmente, alineamos uno tras otro a estados que llegan a ser distintos como perlas de un collar, y que necesitan entonces para mantenerse unidos un hilo que no es éste ni aquél, nada que se parezca a las perlas, nada que se parezca a nada, una entidad vacía, una simple palabra. La intuición nos entrega algo de lo que la inteligencia sólo capta su trasposición espacial, su traducción metafórica.

(Pensamiento y Movimiento, pp. 1311-2)

Comentario

LA INTUICIÓN, VÍA DE LO ABSOLUTO

El presente texto forma parte de la segunda introducción a *El Pensamiento y lo Moviente* (1934), último libro de Henri Bergson publicado en vida de su autor. Precediendo a una recopilación de estudios concernientes al problema del método filosófico, Bergson incluyó dos importantes introducciones en las que rememoraba las etapas fundamentales' del desarrollo que había seguido su filosofía. subrayando el sentido unitario que la habría presidido e intentando responder a algunas de las críticas que había suscitado. Testamento filosófico, pues, en el que se hace relación de los bienes que se lega a la posteridad, se intenta justificar la vida teórica desplegada y, en fin, se indica a las generaciones venideras lo que deben conservar y ampliar si quieren ser fieles a su memoria.

De la sola lectura de las palabras de Bergson se desprende su profunda satisfacción ante los resultados que habría alcanzado un esfuerzo intelectual mantenido a lo largo de casi cincuenta años. Su filosofía supondría una liberación para el espíritu humano, puesto que habría anulado la condena que la razón se habría autoimpuesto decretando su impotencia para captar la realidad en sí. El mensaje de salvación bergsoniano proclamaba la existencia de un poder racional que hasta entonces habría sido desatendido y cuya puesta en ejercicio haría superar el relativismo en el que habría concluido la filosofía moderna. El bergsonismo nos liberaría devolviéndonos la confianza en la posibilidad

de alcanzar lo absoluto. No era extraño que Bergson se sintiera satisfecho por ello. La Metafísica sería posible, la realidad del espíritu quedaría asegurada y dignificado el propio ser humano.

Para conseguir tal objetivo era preciso, sin embargo, vencer resistencias que tenían profundas raíces. La razón última de los más decisivos errores radicaba en una confusión que sería estimulada por nuestra propia naturaleza. En el texto objeto del presente comentario, Bergson nos señala el esfuerzo a realizar para poder superar tal confusión mediante una cuádruple tarea teórica: identificarla, desvelar su origen, prevenir sus negativas consecuencias y mostrar la realidad de un camino alternativo: la intuición de la duración, auténtica primera piedra y, a la vez, clave de bóveda del bergsonismo.

1) Identificar el error

Tanto en el origen histórico como en el fundamento sistemático de la filosofía de Bergson se encuentra la denuncia de un error que habría presidido el devenir del pensamiento humano y comportado la aparición de otros múltiples errores: una incorrecta comprensión de la esencia del tiempo. En la mente de los hombres se habría escamoteado continuamente el tiempo real, sustituyéndolo por un tiempo espacializado. Una y otra vez habría sido representado bajo la imagen que nos proporciona la categoría contrapuesta de espacio, al modo de una indefinida línea recta medible y divisible: siglos, años, días... Se trataría de un tiempo externo a las cosas mismas y homogéneo para la totalidad de las realidades. Es el tiempo de

nuestros relojes, el que preside nuestras acciones en el mundo y subyace a las cuantitativas mediciones científicas.

La concepción especializada del tiempo implicaría también una errónea comprensión del fenómeno del movimiento; éste sería concebido como una serie de estados o fases por las que sucesivamente iría pasando el móvil. En general, todo cambio se interpretaría como la suma de las etapas que serían atravesadas por una cosa en su proceso de transformación. Al igual que el tiempo que les sirve de soporte, tales cambios y movimientos serían divisibles y medidos cuantitativamente por la inteligencia, tanto si acaecen en el mundo externo como en el yo interno.

El error habría consistido en confundir estas representaciones intelectuales de tiempo y movimiento con el tiempo y el movimiento reales. El tiempo con el que pensamos no puede ser, según Bergson, el tiempo real porque no conserva el carácter que esencialmente corresponde al tiempo, el fluir o durar. Se escamotea, por tanto, la continuidad del devenir temporal al sustituirla por una suma de momentos. Del mismo modo, la noción de movimiento de nuestra inteligencia no conserva la unidad del proceso al suplantarla por una suma de detenciones. Por mucho que aumentase su número, ni los momentos ni las paradas pueden identificarse con la unidad y continuidad propias de un efectivo devenir.

En verdad, lo que nuestra inteligencia nos ofrece sería tan sólo una representación mediata, simbólica, del tiempo real. No sería el tiempo puro, sino una imagen conceptual mixta producto de la mezcla de la noción de espacio con la de tiempo. De esta forma, prosigue denunciando Bergson, el universal devenir es entendido como algo externo y

contingente a las cosas mismas, como algo que les sobreviniera desde fuera; inevitablemente se suscita de esta forma el error subsiguiente de no considerar real más que lo permanente y estable, es decir, la sustancia, aquello que se sustraería al movimiento. Esta concepción implicaría, así pues, no sólo un malentendido sobre la noción de tiempo, sino también una grave confusión sobre el ser real del mundo y de la conciencia.

La liberación del espíritu humano ha de comenzar, por tanto, por el reconocimiento de esta culpa o pecado original. Así comenzó históricamente la andadura filosófica de Bergson. Sabemos, por sus propias declaraciones, que, tras unos años en que sus inquietudes intelectuales se habían centrado en el estudio de los fundamentos teóricos de las ciencias bajo la influencia de Spencer, el punto de partida de su reflexión personal lo constituyó la constatación o visión de que el tiempo de las matemáticas, el tiempo de las ciencias en general, no podía ser el tiempo real, así como tampoco podía ser real el movimiento que nuestra inteligencia mide en función del espacio recorrido. Sin embargo, no bastaba con denunciarlo; era preciso también explicar por qué se produce tan persistente error de la razón humana.

2) Desvelar sus causas

La confusión fundamental y originaria se habría producido, tal como se afirma en el texto, por no haber prestado atención al carácter eminentemente práctico de nuestra inteligencia y nuestro lenguaje, atribuyéndoles una función cognoscitiva cuando sólo estarían destinados por naturaleza a servir de instrumentos para nuestra acción sobre el

mundo. Esta es una de las tesis principales de la epistemología bergsoniana, que en no pocas ocasiones fue tachada de anticientífica e irracionalista. Bergson, sin embargo, se negaba a considerar justificado el reproche argumentando que en su concepción se otorgaba plena validez al intelecto dentro de su campo de dominio, el de los objetos materiales, y que eran más bien sus contradictores quienes olvidaban la función vital desempeñada por la inteligencia.

El ser humano se encontraría, biológicamente, capacitado para responder a las exigencias que le plantea su vida en el mundo material; de su actividad y dominio sobre las cosas dependería su propia subsistencia. Lo que de forma inconsciente y rígida realiza el instinto en los animales, tendría que llevarlo a cabo en su caso, consciente y flexiblemente, mediante el ejercicio de sus facultades intelectuales. El propio lenguaje tendría como función natural servir de medio de comunicación entre los miembros de una colectividad social y, en última instancia, estaría adaptado a las condiciones del trabajo humano con los objetos. El análisis bergsoniano de su origen subraya que tanto las palabras como los conceptos de la inteligencia se encuentran acomodados a la acción y no al conocimiento.

Resulta comprensible, según Bergson, que para atender a las necesidades prácticas de la vida individual y social, el intelecto atendiera únicamente a aquello que hace posible y facilita nuestro dominio sobre las cosas materiales; de ahí la necesidad de analizar y medir el tiempo, de paralizar y dividir el movimiento. Tanto nuestra percepción como nuestro entendimiento introducen cortes, miradas instantáneas sobre la

continuidad de lo real, de las que resultan distintos momentos, estados y objetos. La propia estructura sujeto-predicado del lenguaje reproduciría una división y estabilidad de las cosas que únicamente se adecúan a las necesidades de nuestra vida práctica. La tendencia permanente de nuestro intelecto a espacializar el tiempo y detener el movimiento respondería, por tanto, a una exigencia de la naturaleza: *Primum vivere*.

Sin embargo, entre las firmes convicciones de Bergson se encuentra la de que lo que sirve para la acción, no sirve para conocer; lo que resulta útil para la vida, no lo sería para alcanzar la verdad. Nociones como las de tiempo homogéneo y sucesión de estados resultarían ser esencialmente prácticas y, en consecuencia, válidas en el ámbito de las ciencias, ya que el bergsonismo concibe a éstas como saberes técnicos orientados a la medición y control de las cosas materiales. Pero, en cuanto se ha pretendido hacer uso de ellas como medios de conocimiento de la realidad en sí, habrían originado graves equivocaciones y suscitado falsos problemas.

3) Prevenir sus negativas consecuencias

Una verdadera filosofía conseguiría evitar los males que ha conllevado este «trasvase automático a la especulación de hábitos contraídos en la acción». Bergson se refirió en diversas ocasiones a las aporías de Zenón como ejemplo prototípico de las dificultades que provocaría el propio entendimiento humano al aplicar sus categorías al ser de las cosas. Debido a la ilusión cinematográfica de la inteligencia se habría llegado incluso a negar la realidad del movimiento declarándolo ilusorio, o, considerando

que sólo lo permanente puede ser real, se habría remitido su existencia fuera del tiempo, a un fingido mundo suprasensible.

No menos graves habrían sido las consecuencias teóricas de aquel error originario por lo que respecta a la comprensión de lo espiritual. La propia conciencia tuvo que ser interpretada como una sucesión de discontinuos estados psíquicos, encadenados unos a otros, de tal modo que se tornó ininteligible el hecho de la libertad humana. En general, la noción de un tiempo especializado comportaba un mecanicismo materialista que negaba la autonomía del espíritu y mal entendía los rasgos esenciales de la vida. La suplantación del tiempo real estaba en el origen de muchos pseudoproblemas que no podrían ser nunca resueltos, cualquiera que fuera la solución que se les diera, por estar mal planteados.

Como resultado de todo ello, no sólo persistían los errores, sino que se fomentaba también la creencia en que la razón humana estaba incapacitada para alcanzar la verdad. Habían proliferado las escuelas filosóficas enfrentadas entre sí, pero que compartían falsos presupuestos y el olvido del tiempo real. El último significativo estadio de este proceso vendría representado por dos corrientes filosóficas que, según se afirma en el texto, contaban con la mayor audiencia a finales del siglo XIX, el positivismo y el kantismo. Frente a ambas surgió la filosofía de Bergson como reacción explícita y consciente. El positivismo había limitado el ámbito de los conocimientos legítimos al abarcado por las ciencias restando tan sólo a la filosofía la tarea de ser una teoría general sobre sus principios y resultados. La tesis de la imposibilidad humana de alcanzar un conocimiento absoluto era también compartida por el criticismo kantiano,

que había restringido el conocimiento a los fenómenos de experiencia, negando su ampliación a las cosas en sí mismas. La Metafísica, en cualquiera de los dos casos, resultaba imposible como ciencia. A los ojos del antipositivista y antikantiano Bergson ambas posiciones teóricas suponían la aceptación del relativismo y la renuncia del hombre a captar lo absoluto.

De todos aquellos errores y de todas estas humillaciones de nuestra razón habría venido a liberarnos el bergsonismo, una filosofía del espíritu que se propuso también ser una filosofía de salvación. Si Bergson se muestra satisfecho en el texto al analizar el sentido de su trayectoria intelectual es porque tenía plena confianza en haber mostrado el camino que conduciría de forma directa, sin necesidad de mediaciones simbólicas, a entrar en contacto con lo absoluto, el método (intuición) que nos desvelaría la esencia del tiempo real (duración).

4) Mostrar el camino de la liberación

Entre los malentendidos provocados por el olvido del tiempo real, uno de los más importantes era el que afectaba a nuestra conciencia interna. Pues bien, es precisamente en la experiencia inmediata que tenemos de nosotros mismos donde, según Bergson, de modo privilegiado y arquetípico, podemos apreciar la posibilidad de un conocimiento absoluto. En la experiencia directa de la conciencia podríamos constatar la existencia de un método, la intuición, que nos proporciona el acceso a una realidad en sí, la duración o tiempo real. Lo captado en ella resulta ser una unidad indivisible entre el pasado y el presente, una multiplicidad cualitativa. Sin

palabras ni conceptos, vivenciaríamos la realidad de un cambio continuo, de un permanente fluir en el que los distintos momentos o estados se complican y funden.

Bergson sostiene que, si permanecemos fieles a este conocimiento inmediato, podemos ver diluirse aquellas dificultades que el intelecto provocaba en su intento de captar lo real. El movimiento dejaría de constituir un enigma, pues comprenderíamos internamente la unidad de su proceso, sin tener que reconstruirlo artificialmente a partir de imágenes fijas. La experiencia de la duración que se nos da en la experiencia interna nos permitiría también, según Bergson, simpatizar con la duración real de las cosas mismas, con los organismos vivos y con el universo como totalidad. Mediante la intuición filosófica constatamos el hecho de nuestra libertad como autodeterminación del yo profundo. Tal era la conclusión de la primera obra de Bergson en la que expuso su idea originaria de la duración como tiempo real, *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*. Pero también nos posibilita comprender el devenir de la vida e introducirnos en el movimiento creador que rige al mundo. En lugar de las cosas ya hechas, la intuición de su duración nos las ofrecería en su hacerse. Las importantes consecuencias ontológicas y epistemológicas de la ampliación del método, desde el ámbito de la conciencia al del impulso vital, fueron desarrolladas por Bergson en *La Evolución Creadora*.

La constatación por medio de la intuición de la esencia del tiempo real, la duración, nos devolvería, en fin, la confianza en la posibilidad de un acceso filosófico a las cosas en sí mismas. Mientras que las representaciones intelectuales nos fuerzan a separar, «como perlas de un

collar», lo que está unido, e introducen deformantes imágenes intermedias entre la realidad y nuestra conciencia, la intuición constituiría un conocimiento absoluto. Se trataría, por tanto, de un conocimiento metafísico, en el sentido de supraintelectual, pero su objeto no se situaría en ningún mundo ideal ni ficticio, sino en el propio ser real y temporal del espíritu, de la vida y del universo.

La intuición de la duración transfiguraría pues nuestra idea del mundo redefiniendo las relaciones entre cuerpo y espíritu, entre materia y vida, entre ciencia y filosofía. La única sustancia de lo real sería su esencial movilidad, de la que la melodía de los estados del yo interno ofrecerían una realización arquetípica. Esta es la intención de la filosofía bergsoniana y la que preside las palabras del texto: reivindicar la primacía ontológica de lo sentido y vivido sobre lo hablado y pensado. La experiencia del devenir de la propia conciencia fue elevada a experiencia metafísica.

Otros textos para comentar, pp.217-219

Texto.

Del estudio atento de los hechos me parece que se desprende que las lesiones cerebrales características de las diversas afasias no afectan a los recuerdos en sí mismos y, en consecuencia, que no hay almacenados en ninguna zona de la corteza cerebral recuerdos que la enfermedad pudiera destruir. Estas lesiones hacen, es verdad, imposible o difícil la evocación de los recuerdos; afectan al mecanismo del recuerdo, y sólo a este mecanismo. Dicho con más precisión, la función del cerebro es hacer que el espíritu, cuando tiene necesidad de un recuerdo, pueda obtener del cuerpo la actitud o el inicio de un movimiento que proporcione al recuerdo buscado un marco apropiado. Si el marco está preparado, el recuerdo vendrá, por sí mismo, a insertarse en él. El órgano cerebral prepara el marco, no suministra el recuerdo. Esto es lo que nos enseñan las enfermedades de la memoria de las palabras y lo que haría además presentir el análisis psicológico de la memoria.

Si pasamos a las restantes funciones del pensamiento, la hipótesis que los hechos nos sugieren en primer lugar no es la de un paralelismo riguroso entre la vida mental y la vida cerebral. En el trabajo del pensamiento en general, como en la operación de la memoria, el cerebro parece simplemente encargado de imprimir al cuerpo los movimientos y las actitudes que realizan lo que el espíritu piensa o lo que las circunstancias le invitan a pensar. Es lo que he expresado en otro lugar diciendo que el cerebro es un «órgano de pantomima». (Energía Espiritual. 870-71)

Cuestiones

- Las localizaciones cerebrales y el problema de la memoria de Bergson.
- Lo mental y lo físico: crítica del paralelismo e independencia del espíritu.
- Psicología y Metafísica; relaciones entre ciencia y filosofía en el bergsonismo.

Texto

La filosofía nos introduce así en la vida espiritual, y nos muestra al mismo tiempo la relación de la vida del espíritu con la del cuerpo. El gran error de las doctrinas espiritualistas ha sido creer que aislando la vida espiritual de todo el resto, suspendiéndola en el espacio tan alto como fuera posible por encima de la tierra, la ponían a cubierto de cualquier ataque: ¡Como si de esta forma no la expusieran simplemente a ser concebida como un espejismo!... Todas estas cuestiones permanecerán sin respuesta, una filosofía de la intuición será la negación de la ciencia, pronto o tarde será barrida por la ciencia, si no se decide a ver la vida del cuerpo allí donde está realmente, en el camino que conduce a la vida del espíritu. Pero no se trata ya de tales o cuales seres vivientes determinados de los que tendrá que ocuparse. La vida entera, desde el impulso inicial que la lanzó en el mundo, le parecerá como una ola que asciende, y que se opone al movimiento descendente de la materia. Sobre la mayor parte de su superficie, en alturas diversas, la corriente ha sido convertida por la materia en un torbellino que gira sobre el mismo sitio. Sobre un único punto pasa libremente, arrastrando consigo el obstáculo, que entorpecerá su marcha pero no la detendrá. En este punto está la humanidad. Esta es nuestra privilegiada situación.

(Evolución Creadora. 722.723)

Cuestiones

- Espiritualismo y filosofía bergsoniana.
- la teoría del impulso vital y la evolución de los seres vivos.
- Conciencia y Vida: el lugar del hombre en el universo.